

puede siempre intentarse hacer una cosa mejor que otro y, sobre todo, hacerla hoy mejor que se hizo ayer. Idea moralizadora porque es todo lo contrario del orgullo. El día que Pedrito ha salvado, de un salto, una distancia de tres metros, no ha estado sino moderadamente orgulloso, porque imaginaba á Simona saltando tres metros diez ó batiendo él mismo su propio *record*.

Llevamos un registro minuciosamente exacto de nuestros *records*: velocidad en la carrera, distancia recorrida andando, pesos alzados, fuerza y puntería. Familiarizar al niño con la idea del *record* no es uno de los menores efectos de la educación física. Útil en la cultura de los miembros, no tardará esta idea en aplicarse á la cultura del espíritu.

## CARTA DÉCIMAQUINTA

Hasta que el niño sepa leer y escribir tan bien como hablar, continuar la enseñanza oral. — Los dos secretos: no enseñar nada « en el aire », y enseñar « siempre la misma cosa ». — Lo que significa saber leer y escribir. — ¿Cómo aprender ambas cosas? — El libro de clase. — « Puer unius libri ». — El niño de clase debe crecer al mismo tiempo que el niño.

EN tanto que el libro, querida sobrina, no sea para el niño un interlocutor inmediato que le hable como una persona, en tanto que exija de él un esfuerzo anterior, prefiero decididamente la palabra.

Y hasta el día en que Pedro y Simona sepan leer perfectamente, el procedimiento oral será nuestro principal instrumento de educación.

Nuestro programa es:

Continuación de la enseñanza oral.

Perfeccionamiento de la lectura y escritura.

La enseñanza oral la continuamos como antes de abordar la lectura y escritura. Enseñanza realista ante todo, en el sentido de que se basa en realidades y de que nada se enseña *en el aire*, es decir, sin mostrar las cosas al niño, sin hacerle notar palpablemente el lazo que une á su persona cada noción nueva. Tal es el primer secreto de una buena enseñanza infantil. El segundo consiste en enseñar *siempre lo mismo*, modificando sólo la intensidad y extensión de la enseñanza.

Explicaremos, ante todo, el primer secreto: no enseñar nada « en el aire. »

Ya te he dicho cómo concibo yo la lección inicial de la Geografía: dibujar en la pizarra el plan de la sala de estudio,

señalando con un punto el sitio que ocupan el niño y el maestro...

De la misma manera, la lección de Historia no ha de tender á enseñarles quiénes fueron Faraón ó Adán y Eva, sino á dar al niño una noción, lo más exacta posible, de lo que significa el tiempo : un año, dos años, un siglo y decirle en seguida : « Tú vives en un año que se llama mil novecientos doce (por ejemplo); eres francés y vamos á explicarte todo lo que significa esto... »

Paralelamente, la primera lección de Aritmética debe consistir en hacer presentar al niño sus dos manecitas abiertas. Sus dedos son — para él — la base del sistema de numeración. Y la suma, la resta, etc... se les deben explicar, relacionándolas con sus miembros, con sus gestos, con sus juguetes, en una palabra, con él.

*Axioma* : Todo lo que se enseñe al niño debe tener por centro el niño mismo y estar unido á este centro por una cadena en que se eslabonen las nociones adquiridas.

El segundo secreto consiste, como he dicho antes, en enseñar á los niños, « siempre lo mismo », la fórmula reducida que necesita ser explicada.

Paréceme contraproducente enseñar, por ejemplo, á un niño de once años la historia de Egipto y de Persia y después, á los doce años, la de su país hasta 1610. De esta enseñanza desordenada resulta un caos espantoso, caos más espantoso todavía si el niño aprende á los diez años la geografía de África y á los once la de su pueblo.

¿Cómo evitar estos errores?

Enseñando, como ya te he dicho, querida sobrina, *lo mismo* siempre. Quiero decir, que en cada rama de la enseñanza, se debe, todo lo que ello sea posible, llevar al niño de golpe al fin de la rama. Primera lección de geografía : « En la casa estás tú y en torno de la casa hay tierra : señala tu sitio en este mapamundi... » Segunda lección : « Tú estás en la casa. En torno de la casa la calle, el pueblo, etc... En torno de todo esto la tierra... » Décima lección, por ejemplo : « Tú estás

en tu casa, en el pueblo, en la provincia, en la nación... En torno está la tierra formada por mares y continentes... » Etc... ¿Comprendes, Francisca? Cada lección está « relacionada » con la de la víspera y contiene la del día siguiente. El mismo procedimiento para la historia, para el cálculo, para la gramática y el vocabulario, pues es adaptable á todo el orden de la enseñanza.

No me objetes que la cantidad de las nociones enseñadas llega un momento en que traspasa el marco de una sola lección las horas dedicadas á la Historia, por ejemplo, ó á la Geografía en el curso de todo un año. Esto es evidente.

Hacia el fin de estos estudios secundarios conviene, para profundizarlos, dividir la enseñanza de una misma ciencia. Pero entonces, esta división, *ya no es peligrosa* : el alumno conoce los puntos de unión y los principales eslabones de la cadena. Si le enseñáis en detalle la historia de Francia entre la muerte de Enrique IV y la Revolución, colocará inmediatamente este período en el lugar que le corresponde y dentro del cuadro de los conocimientos ya adquiridos. Así, pues, cuando Simona y Pedro tengan quince años ya veremos. Por el momento tienen ocho; enseñémosles cada año « la misma cosa ». Este es el procedimiento que sigue la naturaleza. La naturaleza ofrece cada año el mismo espectáculo á las miradas del niño que, poco á poco, ve más claro, más profundo, más amplio el constante panorama de la naturaleza...

Gracias á nuestra enseñanza calcada en la de la naturaleza, Pedrito y Simona tienen ya, clasificadas en su inteligencia, imágenes totales del mundo, de la historia, de la lengua francesa, del cálculo. Inútil añadir que estas imágenes totales están extremadamente simplificadas, reducidas á una especie de esquema; pero son totales, y todo lo que se les enseñe en adelante ocupará su lugar en el cuadro de los conocimientos de ambos. Ignoran quién fué tal personaje; pero saben en qué momento, en el curso de los tiempos históricos, comienza la vida de su país. Ven á su país como un sér viviente, nacido en tal época y de tales descendencias, poseedor de un carácter determinado, que ha sostenido luchas con otros seres vivientes llamados Inglaterra ó España

y que, actualmente, ocupa este ó el otro lugar en la asamblea de los pueblos... Así mismo, yo no cometeré la criminal imbecilidad de proponerles : dividir 593945 por 8521. Pero con un juego de cubitos siempre á su disposición, han manejado ya centenares de veces el dividendo, el divisor y el cociente y hacen *con sus ojos y con sus manos* todas las operaciones esenciales del cálculo.

Ya lo ves, querida sobrina, siempre el mismo sistema, y vuelvo á insistir :

« Enseñar directamente las cosas al niño equivale á no interponer *el signo convencional* (cifra, palabra escrita, libro) entre las cosas y él hasta que está familiarizado de una parte con las cosas y de otra con los signos. »

\* \* \*

Mucho tiempo después que el niño dice « yo sé leer » y que sus padres ó maestros afirman que « él ya sabe leer », continúa comprendiendo la enseñanza oral mejor que la escrita... Es que, en realidad, no « sabe » todavía leer y escribir. Los signos aún no le son tan familiares como las palabras. ¿Cómo acelerar el momento en que sepa leer y escribir?

El peligro de la lectura y escritura consiste en que el niño no fije bien su atención. No hay un niño por cada diez que pueda mostrar un trabajo aceptable puesto mano á mano con la página. Yo he hecho la experiencia con Pedro y Simona, no obstante tener una facultad de atención más desarrollada que la de otros niños de su edad.

Cuando se propone, como finalidad de la educación infantil, obligar al niño á permanecer quieto, se le coloca delante de la mesa : ¡ Lee ! ó ¡ Escribe !... Sucede un momento de silencio ; pero tu sabes, Francisca, que este sistema educativo me causa horror. El tiempo del niño es precioso y prefiero que lo invierta jugando á que permanezca delante de un pupitre mordiéndose las uñas.

¿Qué hacer para mantener despierta la atención de un niño que lee ó escribe?

Yo no encuentro más que un medio : ayudarse de la voz.

Nada de lectura sino es en voz alta. Nada de escritura que no vaya acompañada de una enunciación en voz alta de las letras, de las palabras, de la puntuación.

Ventajas que proporciona la atención despierta sin posibilidad de desviarse : la lectura y la escritura toman para el niño un carácter de *realidad*, tan importante en la educación ; aprende á leer en alta voz, lo que no sabe hacer casi ningún niño ; si « escribe en alta voz » aprende simultáneamente la ortografía y, por último, la memoria se impresiona, con una misma palabra, por los ojos, los oídos y el juego muscular de la pronunciación.

— ¿Y si se enseña lectura y escritura á varios niños á la vez?

— Claro está que no será posible que todos hablen á la vez. Habrá que alternar : un discípulo leerá una frase, otro la siguiente, luego leerán todos á coro. Pero, sin duda alguna, sólo estaremos seguros de la atención del niño que lea en voz alta. Debido á esto no es posible enseñar rápida y perfectamente la escritura más que á dos niños — á lo sumo — al mismo tiempo. En este último caso, el beneficio de la emulación compensa el déficit que resulta de una atención menos constante.

Gracias, querida sobrina, á estos esfuerzos metódicos, llegará un día en que Pedro y Simona leerán y escribirán tan fácil y familiarmente como hablan y comprenden las palabras.

Sólo entonces adquirirá el Libro un lugar preponderante en su enseñanza.

¿Pero qué libro?

Si me has seguido atentamente hasta aquí, inteligente sobrina, habrás comprendido seguramente que tiendo, ante todo, á manejar el esfuerzo del niño ; á enseñarle las cosas lentamente, pero de una vez para siempre ; á no dispersarlo, en fin. Guío su joven espíritu como guían las ramas del árbol frutal, evitando el exceso de ramas, de hojas y hasta de frutos. Hé aquí por qué siento violentas cóleras cuando veo entre las manos del mismo niño, en el curso de sus estudios primarios y secundarios, tres ó cuatro gramáticas francesas sucesivas,

siete ú ocho geografías, una docena de historias. ¿Es que se quieren hacer prosperar los negocios editoriales? Los respeto, pero no quiero sacrificar el cerebro de los niños.

Yo exigiré á los libros consagrados á la instrucción de Pedrito y Simona que sigan el sistema de progresión continuada de nuestra enseñanza oral. La primera gramática muy elemental. Al año siguiente, ó dos años después LA MISMA GRAMÁTICA, en los mismos términos, un poco más ampliada. Y así sucesivamente hasta el libro completo correspondiente á la enseñanza integral de la gramática, pero que será *siempre el mismo libro* que al principio, progresivamente desarrollado. Igual método para la Historia, la Geografía, el cálculo, para todo. No hay dos métodos.

Objeción : ¿Existen esos libros?

Confieso que hay muy pocos bien hechos. (Siempre existe poco de lo bueno, sea lo que quiera. ) Pero los libros que el niño ha de estudiar, aunque no carezcan de defectos bastará con que estén concebidos en un espíritu de desenvolvimiento progresivo para darles una gran fuerza de enseñanza. No puedes imaginarte, por el contrario, el desarreglo que produce en un joven espíritu el cambio frecuente de alimentación intelectual. El niño — mejor que el hombre — debe ser *unius libre*.

El primer deber del maestro, antes de admitir el libro como auxiliar de su enseñanza, es escoger ese libro, no solamente para el momento , pero también pensando en el porvenir. Un libro elemental que no contiene en germen toda la enseñanza resumida, es un mal libro elemental. Los desenvolvimientos sucesivos deben tener su lugar asignado y acoplarse fácilmente.

El sólo libro de clase es aquel que crece en compañía del niño como un amiguito.

## CARTA DÉCIMASEXTA

Los modales, la elegancia, el acento. — Elegancia del cuerpo. — La limpieza es casi una virtud. — Lo que hace falta además. — Gracia física del niño. — Cómo se desenvuelve — Las actitudes. — Los vestidos. — La coquetería. — Elegancia intelectual. — El espíritu, don divino. — Elegancia del medio escolar. — Ni trabajadores forzados ni pedantes.

UN niño de diez años, robusto y seguro de sus músculos; acostumbrado á un trabajo intelectual, metódico, que no le produce Fatiga; de sensibilidad que no ha sido atrofiada por el mismo ni helada por un régimen muy severo; que tiene corazón en los dos hermosos sentidos de la palabra : bondad y valor ¿no te parece, mi querida sobrina, que es un resultado del cual puede enorgullecerse el educador?

Pero no basta, sin embargo.

Queremos más.

Queremos que nuestros hijos posean estas cualidades y que, además, sean capaces de realizarlas. La lengua francesa no tiene para expresar esta idea más que una palabra un poco impropia y débil : los modales. Hay otra palabra pero tan difícil de adaptarla á realidades lastimosas que no me atrevo á emplearla : la palabra elegancia. Hay, por fin, una tercera, muy aceptable, aunque un poco moderna en su sentido agudo : « el acento ». Modales, elegancia, acento.

Ya comprendes lo que quiero decir, Francisca. Quiero que Simona y Pedro posean fuertes músculos; pero no pretendo hacer de ellos, á los diez años, ni pequeños rústicos ni campeones. Quiero que su salud, su fuerza, su agilidad, sean para los demás un espectáculo agradable que predisponga en su favor. Pretendo, también, que estudien con orden, con

atención, con constancia. Muy lejos, sin embargo, de haber hecho de ellos dos aprendices pedantes ó dos forzados á lecciones y deberes. Quiero, en fin, que sean sensibles á las pasiones nobles, á las cosas bellas; pero sentiría que su sensibilidad se exasperase ó se desviara ó se borrara: en esto me esforzaré en que guarden « los modales ».

¿Cómo dar al cuerpo, al espíritu, al corazón este último apresto, este estilo raro, pero indispensable? Vamos á buscarlo juntos. No te ocultaré que este capítulo me parece tanto más importante cuanto que no figura (en lo que conozco yo al menos) en ningún tratado de educación.

\* \* \*

La primer elegancia del cuerpo es la limpieza. Nuestros abuelos decían que la limpieza era casi una virtud; por lo demás, ellos mismos no la practicaban sino á medias. Ahora está muy á la moda, por lo menos entre las clases acomodadas y aunque sólo sea de palabra... Pero en realidad... habría que verlo. ¡Cuánta limpieza desaparecería el día que despidieran á la *nursery* inglesa! ¡Y en qué abandono de cuidados físicos (incluso hoy, que tanto se elogian nuestros progresos) no viven los internados de los colegios! ¡Qué indiferencia para el cuerpo del niño, hasta por parte de las mismas familias, cuando comienzan á preocuparse de lecciones, de deberes, de composiciones, de exámenes!

Nosotros, lejos de relajar nuestra disciplina, á medida que Pedro y Simona crecen, les obligamos más, porque se trata, no de cuidar nosotros mismos el cuerpo del niño, como se cuida el de un gato tonquinés ó un fox-terrier, pero de infundirle el gusto de cuidar él mismo su propio cuerpo. Se triunfa en fuerza de constancia, disolviendo poco á poco la iniciativa inspeccionada del sujeto. Los hábitos de cuidado personal, cuando se adquieren, conviértense en imperiosas necesidades. Creémoslas, pues, desarrollémoslas en el niño. Si el cuidado personal de los cabellos, de los dientes, de la piel, de las extremidades no empiezan á tomarse hasta los dieciocho ó veinte años, se incurre ya en lo irreparable.

Los seres humanos arrastrarán durante toda su vida la enfermedad de una uña enconada y la calvicie porque tuvieron una infancia abandonada.

Limpieza, casi una virtud... La virtud completa es añadir cierto aspecto físico que haga al individuo simpático á la vista. ¡Sí, sí! ¡No tenemos inconveniente en decirlo! Creemos que una sabia educación no puede desdeñar el valor de los dones físicos y la corrección de las fealdades en cuanto sea posible. Y nosotros haremos de manera que el discípulo practique por sí mismo este cultivo, esta lucha contra la fealdad... El momento es muy á propósito para nuestros dos discípulos. Entre los ocho años y la edad que hemos convenido en llamar ingrata, el niño, si fué bien dirigido y no se embruteó por la fatiga intelectual, ofrece un aspecto simpático. El busto, los brazos y las piernas se alargan; el rostro se afina. Ya no es el amor engreído y grosero de los *trumeaux* Luis XV, sino el pequeño Ganimades, la ninfa pueril. El niño llega entonces á la perfección física, á esa « juventud de la infancia » de que te he hablado frecuentemente, que dura poco y que no tarda en diluirse en la edad ingrata.

Precisamente porque esta época es breve debemos aprovecharla para imponer al niño hábitos físicos elegantes. No se trata de formar una coqueta ó un pequeño maestro. Se trata de expulsar los gestos bruscos, ridículos ó sucios como imitar el chillido del conejo, roerse las uñas, meterse el dedo en la nariz, reclinarse en la silla cuando está sentado delante del maestro, ó si está de pie, no adoptar una actitud correcta y respetuosa. Se trata de saber vestirse, peinarse, accionar; se trata de saber cuidar los vestidos. Cuando Pedro y Simona tenían cinco ó seis años yo procuraba, ante todo, que les vistieran con ropitas que no les impidieran moverse libremente en sus juegos: decía que era éste un programa provisional. En adelante quiero que distingan entre el traje de jugar, el de clase ó el de vestir: esta distinción forma parte del orden esencial de la educación. Un vestido nuevo no debe ser deformado por actitudes violentas ó maculado y desgarrado por negligencia. Yo, en fin, no me opongo en absoluto á que un niño de diez años, antes de abandonar el tocador, se cerciore

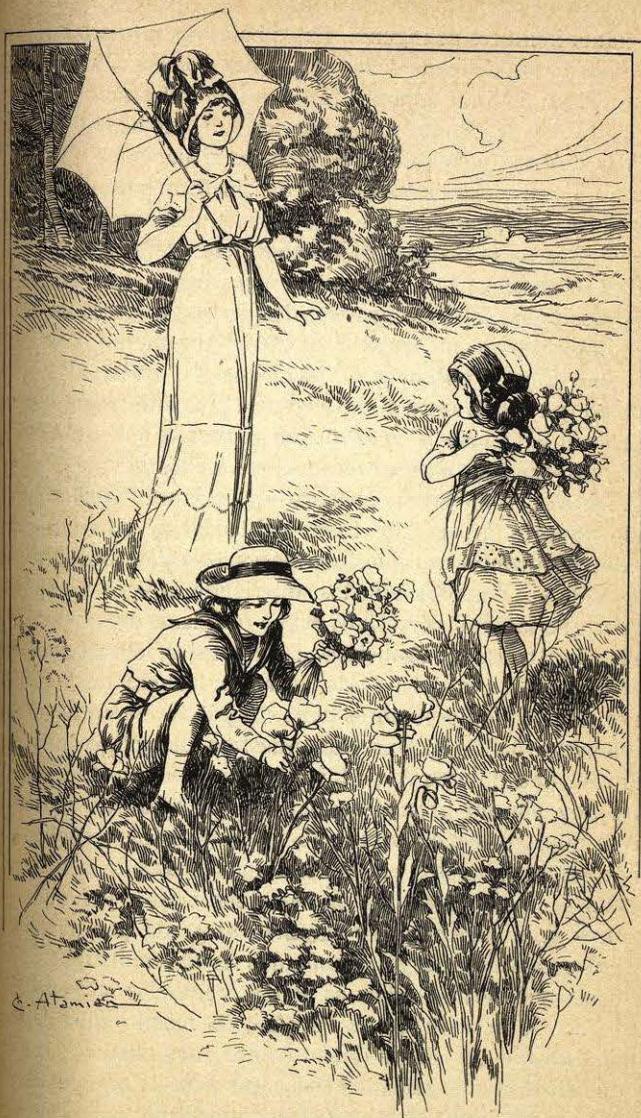
de que sus vestidos y peinado le « están bien ». Me agrada que sepa presentarse en sociedad sin miedo, sin timidez ridícula, pero también sin aplomo exagerado, sin insolencia, sin la tontería á la cual se sienten incitados muchos niños en presencia de testigos.

El peligro de una cultura parecida consiste en exponerse á desarrollar el « narcisismo » en el niño. ¿Por el afán de la « manera » se le podrá hacer amanerado. Pero no nos encontramos en que hay que evitar el exceso de casi todas las disciplinas? El papel del educador consiste en detener este exceso. Al mismo tiempo que se enseña al niño maneras correctas y á ser elegante, se le debe repetir constantemente que la sencillez es gracia y es la suprema elegancia. ¡ Cuántos jóvenes franceses no se vestirían de rastacueros si desde su infancia les hubieran enseñado á ser sencillamente elegantes ! ¡ Cuántas damas francesas no se vestirían de manera tan desesperante si desde la infancia hubiera cortado el educador la coquetería infantil ! Nosotros hemos podido quitar ya á Simona la manía de mirarse en todos los espejos, en todos los cristales, en todos los remansos de agua más ó menos límpidos. Persigamos en ella, lo mismo que en su primo, toda inclinación á la « pose ». Seamos implacables con el histrionismo. Queremos que el niño produzca buena impresión cuando le miren; pero no que provoque las miradas.

\* \* \*

Sin embargo, querida sobrina, tú sabes que la elegancia física no es más que el primer grado de elegancia, que, á veces, no es sino una apariencia y que vale más no mostrarla si es que oculta la grosería del alma. Así nos sucede, por ejemplo, que ciertos espíritus cultivados llegan á impacientarnos y hacernos desear el encuentro y conversación con un ignorante. Es indispensable la cultura intelectual; la razón también; pero unida á ambas precisa « la manera ».

Esta preciosa manera la ofrece, gratuitamente, la naturaleza á algunos individuos afortunados y hace de éstos lo que



... Hay que trabajar alegremente... (Pág. 175).

se llama hombres de ingenio. Estos hombres mimados tienen un sentido tan delicado de las relaciones y de las modalidades, que evitan instintivamente todas las manifestaciones ingeniosas ó otros individuos... Evitan las situaciones difíciles y las esquivan con una palabra ó un chiste ingeniosos. Nadie les quiere mal, porque cada uno saca de ellos una frase agradable. Poseen la primera de las elegancias : el ingenio.

No se enseña ¡ay! á los niños á ser ingeniosos. Nuestros dos discípulos son inteligentes, despiertos, alegres, de trato agradable; pero ni Simona ni Pedro prometen ser una Sévigné ó un Fontenelle. Enseñémosles, pues, al mismo tiempo que cultivamos su inteligencia y razón, la manera de que su inteligencia y su razón no molesten á los demás y, por consecuencia, no resulten nocivas á ellos mismos.

Para ello, despojemos primero á la cultura intelectual de todo aparato áspero, de toda fealdad. Los viñadores del Medoc bordean de geranios, de margaritas y de begonias los lindes de sus famosos viñedos, queriendo indicar á los visitantes que tan nobles cultivos deben realizarse de una manera bella. Imitémosles, Francisca. Rechacemos, detestemos los métodos escolares del pasado, la sucia fealdad de las salas de estudio, los odiosos libros de texto y la férula en los dedos manchados de tinta. Que lean nuestros discípulos su buen libro en una de esas coquetas ediciones que pueden adquirirse hoy por un precio económico; que estudien sentados en un pupitre hecho á su medida; con un babero encima de sus vestidos limpios y en una habitación clara y riente, decorada — si se quiere — de hermosos mapas y luminosos cuadros cronológicos, pero también alegrada por grabados antiguos célebres, de yesos copiados de obras antiguas y de — ¿por qué no? — algunas flores, como los viñedos del Medoc... De este lugar de estudio, lo mismo que de sus pupitres y de sus libros deben cuidar ellos mismos; tratad de que sientan el orgullo de estas cosas á fin de que gusten de cuidar y embellecer el laboratorio intelectual, más aún que el cuarto en que duermen... Y no creas que este esfuerzo estético será inútil para las cosas útiles. Los viñadores medo-

quianos, gentes prácticas en suma, saben muy bien que no se adornarían con franjas multicolores las viñas mal cuidadas, ni el suelo en el cual brotarán los cardos.

En este claro y alegre laboratorio, el maestro, vigilando á los discípulos, declarará guerra encarnizada á las malas actitudes en el trabajo. Estas actitudes son nocivas á la salud y al trabajo. Combatirá la costumbre « colegial » que consiste en tener la lengua fuera mientras se escribe, los cabellos rozando el papel, todo lo cual da al discípulo el aspecto de un detenido condenado á trabajos forzados. El trabajo no es alegría para los hombres como lo es para las abejas; pero, para el hombre, es un espiritual desquite cumplir con una alegre facilidad la ley del trabajo. Yo no quiero que Pedro y Simona sean perezosos ni imaginativos que trabajen cuando les venga en gana; pero tampoco quiero que sean trabajadores forzados que solo piensen y hablen de lecciones y de deberes y canten, por la noche, soñando, la tabla de multiplicar. Hay que trabajar alegremente, y esto se enseña. El trabajador forzado, el niño que saca la lengua y se mancha de tinta hasta los ojos, que aprende sus lecciones mientras sus compañeros juegan, ese niño no pasará de ser una tosca medianía.

Otra grosería, otra falta de elegancia más antipática todavía, y de la cual no están exentos los más aventajados discípulos, ni tampoco las niñas, es la pedantería. El niño inteligente, bien dirigido en su conquista de la ciencia, goza, con encantadora alegría, de sus progresos, experimenta la ingenua necesidad de explicar lo que sabe á otro y de hacerse valer á los ojos de los demás. Hay que vigilar desde su aparición estas ambiciones de gloria y ahogarias empleando la ironía; no hay que temer llegar incluso á la humillación hasta conseguir aplastar en público los humos del sabio infantil. Hay que convencer al niño — aun cuando sea un discípulo modelo de que no sabe nada. La elección de un texto un poco más difícil, una corrección de la escritura, son útiles á veces en el curso de una serie de éxitos escolares... En fin, hay que imponer seriamente á los niños la ley de que jamás deben decir espontáneamente : « Yo sé esto... Yo he hecho bien ta

trabajo... » Toda transgresión de esta ley la castigan las dos educadoras de Simona y de Pedro.

.. Interrumpo aquí, querida Francisca, mi carta ya un poco larga. En la próxima comentaré para ti la elegancia más importante después de la física é intelectual : la elegancia de la sensibilidad.

## CARTA DÉCIMASÉPTIMA

Sensibilidad-gusto. — Sensibilidad-pasión. — Ejemplos de sensibilidad falta de elegancia. — Cultivo de la sensibilidad-gusto en el niño. — Canto, dibujo, modelado. — La sensibilidad-pasión. — Curso de moral escolar; su inutilidad. — El acento religioso. — La creencia de los padres. — Un encuentro en la calle de Cortambert.

TODAS las palabras que expresan ideas esenciales, querida sobrina, son difíciles sino imposibles de definir: no sólo las palabras geométricas como « tiempo », « espacio », « número », pero también los términos generales de la lengua usual, como « belleza », « espíritu », « sensibilidad ». ¿Qué es la sensibilidad? Ninguna definición es satisfactoria, y, sin embargo, todos entienden la palabra. Démosla por comprendida : la cuestión está hoy en buscar cómo es posible dar á la sensibilidad del niño lo que nosotros hemos convenido en llamar elegancia, acento.

Pero, ante todo, separemos bien dos matices de la palabra sensibilidad. Existe una sensibilidad-gusto y una sensibilidad-pasión. Ser sensible á la música ó á la poesía no implica serlo á las miserias de otro, al patriotismo, á los atractivos de la virtud. Una sonata de Beethoven ó el regreso de un sér querido emocionan en nuestra alma regiones vecinas, quizás, pero no la misma exactamente. La educación de la sensibilidad deberá, pues, considerar y cultivar separadamente la sensibilidad-pasión y la sensibilidad-gusto.

Así, pues, querida sobrina, haz el experimento siguiente : escucha las gentes populares, las gentes llamadas « sin educación » expresar lo que sienten, bien después de haber oído un discurso, bien al salir del teatro, bien al visitar una exposición